

Discurso del Presidente de la República en Cena en honor del Presidente de Alemania,  
Johannes Rau  
SANTIAGO, 24 de noviembre de 2003

Señoras y señores:

Es un honor para nuestro país recibir su visita, la de su esposa Christina y la comitiva que los acompaña. Usted preside un gran país, un país al cual occidente y la civilización le debe mucho, un país grande no sólo por su economía, sino por el aporte que Alemania ha hecho a la cultura y a la filosofía, a la ciencia y a la industria, de la cual, en una u otra forma, todos nos sentimos herederos.

En su trayectoria pública, tan sobresaliente, usted se ha destacado como un consecuente humanista, tanto respecto del rechazo a crímenes pasados, como en activa defensa a la tolerancia y el entendimiento como virtudes de la política y de la convivencia entre las personas y los pueblos.

Usted expresa su compromiso personal y el de la nación alemana con la defensa y promoción de los derechos humanos en todo el mundo. Así, mirando de frente la historia y distinguiendo errores y por cierto también los éxitos y los momentos de unidad, su país muestra su dignidad y hace posible un futuro mejor para toda la humanidad.

Su activa vida política lo ha llevado a participar en procesos tan importantes como el de la reunificación alemana. ¿Quién no habla hoy de la caída del muro como un hito que terminó una época y abrió otra en la historia de la humanidad? Lo que para el mundo fue un suceso simbólico, para los alemanes ha significado un monumental esfuerzo nacional, tanto en lo material como en lo espiritual, en lo político, en lo económico, en lo social y lo cultural y ustedes han tenido éxito en esta empresa.

Hoy los alemanes han vuelto a sentirse abiertamente orgullosos de su país y ven cómo el mundo observa los múltiples frutos de su ciencia, de su cultura y de su industria, como tantas otras veces en su historia. Son miembros en plenitud de una comunidad mundial civilizada, que se guía por la búsqueda del imperio del derecho, de la paz y la solidaridad.

Señor Presidente:

Tuve el gusto de invitarlo para conmemorar en conjunto los 150 años de la colonización alemana en el sur de Chile. En aquella época, nuestra joven República era uno de los rincones más apartados y desconocidos del mundo, pocos habitantes, vastos territorios prácticamente inexplorados. Fue, entonces, una aventura, un salto a lo desconocido, lo que hicieron aquellos inmigrantes, laboriosos compatriotas suyos, de las más diversas ocupaciones, deseosos de encontrar oportunidades para su vida y la de sus descendientes.

Uno de ellos, que fuera diputado demócrata en la Asamblea Nacional Prusiana, que era alcalde de una pequeña comunidad, Carlos Andwanter, dijo en 1851, al pisar tierra chilena: "Seremos chilenos honrados y laboriosos como el que más... Nunca tendrá el país que nos adopta por hijos, motivos de arrepentirse de su proceder ilustrado, humano

y generoso". Y así ha sido, Presidente Rau. No ha habido razones para arrepentirse, porque el proceder de aquellos y de sus descendientes ha sido ilustrado, humano y generoso, como dijera Andwanger.

Y los chilenos nos sentimos orgullosos del aporte alemán a nuestro país. Lo entendemos como parte de nuestra civilización, de lo que somos como nación, donde nos hemos beneficiado de tantos y de tantas que de otras latitudes aquí han llegado. En esa diversidad está buena parte de nuestra riqueza como país. La mayoría de esos inmigrantes echaron raíces sólidas y contribuyeron aquí, y siguen contribuyendo de manera significativa a nuestro desarrollo, especialmente en una región del país, aquella que visitaremos juntos mañana.

Y también, junto con tener que agradecer a todos aquellos, aquellos que en una u otra forma han dado tanto a Chile, también tenemos que agradecer los chilenos, porque cuando la llama de la libertad se extinguía en nuestra patria, fueron muchos los que a su vez llegaron a Alemania. Algunos están hoy allí todavía como emigrantes. Es el momento de dar las gracias por recibirlos y gracias por la solidaridad que se profesó hacia los nuestros.

Pero hoy, afortunadamente nuestros países viven un momento distinto de su relación. Hay una democracia consolidada, hay respeto a los derechos humanos, hay economías libres y abiertas y un amplio espacio para la creatividad científica y cultural, políticas sociales sólidas que permiten a nuestros países mirar con un grado de creciente satisfacción en materia de cohesión social.

Esta identidad común de valores es también lo que está detrás de los recientes acuerdos con la Unión Europea. No es sólo comercio, no son sólo inversiones, por importante que el comercio y las inversiones son, es más que eso. Y por eso esta noche quisiera agradecerle por el fuerte apoyo de Alemania a la voluntad de llegar a un acuerdo de asociación política y económica con la Unión Europea. Recuerdo nuestras conversaciones en julio del 2001, con usted, con la ministra de Relaciones Exteriores y, por cierto, con la del Canciller Schroeder.

Ese acuerdo ha rendido frutos muy concretos en el plano comercial. Podríamos decir que en el primer semestre de este año, nuestras exportaciones a Alemania aumentaron en un 35% y si excluimos el cobre, aumentaron en un 42%. Y por esa misma razón esperamos que pronto sea ratificado por el Parlamento de su país el acuerdo en lo que dice relación con cooperación, el acuerdo que dice relación con nuestra identidad común en el ámbito político, para poder avanzar con mayor rapidez.

Queremos lograr el pleno desarrollo de Chile. Todavía tenemos muchos de nuestros compatriotas que viven en condiciones de pobreza. Para seguir avanzando, contamos también con el apoyo de muchos, también con Alemania, y esperamos acrecentar, especialmente la cooperación en el ámbito de ciencia y tecnología.

Así como a fines del siglo XIX pedagogos alemanes fueron decisivos para aumentar nuestro capital cultural y mejorar la educación, incluyendo la educación militar, en Chile, esperamos ahora que su país nos ayude a superar la brecha que aún tenemos en el avance y desarrollo científico y tecnológico.

Queremos trabajar juntos en muchos planos. Coincidimos también en promover acuerdos multilaterales que atiendan las diferentes demandas de países ricos y pobres, poderosos y débiles, para armonizar los modelos de desarrollo que cada nación se dé, acorde con sus propias decisiones y realidades, en un orden global más justo y más pacífico. Coincidimos en promover la paz y en cautelar la vigencia del derecho internacional, especialmente de la carta de Naciones Unidas, que hace más de medio siglo regula la convivencia mundial. Y coincidimos con Alemania en la necesidad de, mirando esa carta, ponerla al día, acorde con las nuevas realidades del mapa político que hoy tenemos. Coincidimos, en suma, en contribuir día a día a que el mundo en el que nos toca vivir sea más un camino de oportunidades para que el ser humano pueda desplegar todas sus potencialidades en paz, en libertad, en justicia.

En el corazón de Europa, pero también en el sur de nuestra América Latina, la historia ha marcado y marca el destino de nuestras sociedades. Como dijera Schiller, esa historia nos acompaña a través de todas las situaciones que vive el ser humano, a través de todas sus cambiantes opiniones, así en su torpeza y en su inteligencia, así en su maldad y en su nobleza.

Por ello, señor Presidente, nuestros países hoy vemos que hemos superado pruebas difíciles de la historia reciente, tal cual lo indica Schiller, en su inteligencia y en su torpeza, en su maldad y en su nobleza, porque así se hace la historia.

Y por eso hoy, cuando la inteligencia opera sobre la torpeza, la nobleza sobre la maldad, yo quisiera, entonces, invitarlo a usted a compartir esta común manera de mirar el mundo y a brindar, entonces, por ese orgullo común de donde hoy nos encontramos Alemania y Chile, por el futuro bienestar y amistad de nuestros pueblos, por aquellos que llegaron hace tantos años acá pensando construir su nueva patria y su nuevo hogar, pero sin olvidar sus raíces, y por aquellos de los nuestros que quedaron allá y tampoco olvidan las nuestras. Pero más importante es mirar a nuestras raíces para poder construir juntos un futuro.

A eso lo quiero invitar y por eso quisiera brindar, brindar por usted, señor Presidente, por su esposa, por su país y por la amistad de nuestros pueblos. Muchas gracias.